

La sensibilidad del rey se desarrollaba en los infortunios; el alma de la reina se santificaba en la adversidad; todas las virtudes de madama Isabel se convertian en piedad activa por su hermano y por su cuñada: la razon de los niños se enternecía en los calabozos regados constantemente por las lágrimas de sus padres. Un dia de cautiverio les enseñaba mas de la vida que un año de corte; el infortunio apresura la madurez de sus víctimas: aquella familia sufría, y gozaba de todos como un solo corazón. La municipalidad no reclamó contra la reunion de los prisioneros, motivada por el temor de que la reina se suicidase, y desde aquel dia fueron conducidos tres veces á la gran torre para comer con el rey, pero los municipales presentes á aquellas entrevistas, interceptaban la dulzura de ellas, oponiéndose á toda confidencia íntima de los prisioneros entre sí. Les estaba severamente prohibido hablar bajo ó en lenguas extranjeras, debiendo hablar alto y en francés.

Madama Isabel se olvidó una vez de aquella prohibicion, y dijo algunas palabras en voz baja á su hermano, por lo que un municipal la reprendió con violencia. «Los secretos de los tiranos, le dijo aquel hombre, son conspiraciones contra el pueblo; hablad alto ó callaos, la nacion debe saberlo todo.»

Estas dos prisiones para una sola familia aumentaban las dificultades de la vigilancia y las sospechas de los carceleros; pero aumentaban tambien las facilidades para que los servidores del rey pudiesen engañar las consignas de la cárcel. Clery, á quien sus opiniones revolucionarias habian hecho que Petion le escogiese entre los ayudados de cámara del rey como un hombre mas adicto á la nacion que á su amo, habia dejado enfriar su patrio-

tismo con las tiernas reconvencciones de madama Isabel y con el espectáculo de aquellos despedazados corazones, donde leía tantos sufrimientos y tantas aceptaciónes. Su pasión por la libertad le remordia desde que se convertía en suplicios para la familia de su rey, y no tenía mas opiniones que su cariño. Había conseguido entablar algunas relaciones fuera, y tres empleados de las cocinas del rey en las Tullerías, llamados Turgy, Marchand y Chetien, que aparentando patriotismo habian conseguido se les admitiese en las cocinas del Temple para prestar allí á sus antiguos amos todos los buenos servicios del cautiverio, secundaban á Clery. Este, familiarizándose con los municipales de guardia, y sirviéndoles en cuanto podía las noches que pasaban en el Temple, descubría algunas veces entre ellos muestras de interés por la familia real. Hacía, tan pronto por medio de ellos, tan pronto por medio de su muger, admitida una vez por semana á verle en el postigo, pasar billetes de madama Isabel y de la reina á las personas que las princesas le designaban y que podían escribir por haber sustraído un lápiz á la inquisición de los comisarios, escribiendo estas raras confidencias de sus corazones en las hojas en blanco de sus devocionarios. Sus esquelas eran ajenas á todo complot, limitándose solo á dar á sus antiguos amigos noticias de su situacion, é informarse de la suerte de las personas á quienes habian querido.

A pesar de su belleza, madama Isabel nunca había permitido á su corazón otro sentimiento que el de la amistad. Pero la amistad en su alma era una pasión, y participaba del ardor y de la constancia del amor. El objeto de este tierno afecto de la princesa, era la marquesa de Raigecourt, señorita de Causan, que había sido una de sus damas de honor en el tiempo de su prosperidad. Esta jóven dotada con las gracias de la corte, con el valor de la adversidad, y cuyo talento á la vez sensato, jovial é instruido de la antigüedad, recordaba

los días de Luis XIV, había sido educada con la princesa. La vida había unido sus corazones y su suerte desde la infancia. Casada, por los beneficios de madama Isabel, con un noble de las primeras familias de la Lorena, la marquesa de Raigecourt se había visto obligada á ir á unirse con su marido, que estaba emigrado; la misma madama Isabel lo había exigido por creerlo necesario, hallándose en un estado de embarazo muy adelantado, temiendo que las desgracias previstas por ella desde los primeros trastornos de la monarquía no recayesen sobre otros corazones. Las dos amigas se escribían diariamente, y sus cartas manifestaban el cariño de hermanas á través de las tristes aprensiones del tiempo. Esta correspondencia, único consuelo de madama Isabel, duró hasta el día 10 de agosto: las últimas palabras de la princesa á su amiga hasta manifestaban, en aquel último momento, esperanzas de salvacion que las horas siguientes habian cruelmente engañado.

Clery consiguió hacer llegar á la marquesa de Raigecourt, uno ó dos suspiros de la prision; luego el silencio de la tumba se interpuso entre aquellas dos almas, y precedió un año al cadalso.

La reina recibió y logró hacer pasar por el mismo medio algunas raras comunicaciones: todas frases de doble sentido; pero en las que se encerraban volúmenes de angustias y de ternura: aquellas palabras solo podian traducirse por ojos acostumbrados á leer en el corazón de donde habian salido.

Clery pudo asimismo informar algunas veces al rey del estado de las cosas públicas, haciéndole leer los diarios introducidos en el postigo con astucia, y transmitiéndole al oído los hechos del día al tiempo de acostarse ó levantarse. Cuando faltaron estos medios á la familia real, venían vendedores de papeles públicos de confianza, y pagados por los amigos de afuera, por la noche cuando mas silencio reinaba en las calles, á

vociferar arrimado á los muros del Temple los principales acontecimientos del día. El rey, advertido por Clery, abria la ventana y cogia algunas palabras sueltas de los decretos de la Convencion, de las victorias y de las derrotas de los ejércitos, las sentencias y ejecuciones de sus antiguos ministros, y los decretos ó las esperanzas de su destino.

No era absoluta, sin embargo, esta privacion de los papeles públicos. Muchas veces los municipales, con una cruel intencion, los dejaban como por casualidad sobre la piedra de la chimenea cuando escitaban á que se matase al rey: y cuando leian estos periódicos llegaban hasta el interior de la habitacion sus amenazas y sus imprecaciones. El príncipe leyó un día la peticion de un artillero que suplicaba á la Convencion le diese la cabeza del tirano para cargar con ella su cañon, y lanzarla al enemigo. «¿Cuál es, dijo tristemente el rey al leer esta peticion, el mas desgraciado, yo ó el pueblo á quien se engaña así?»

XX.

Las princesas y los niños fueron al cabo reunidos con el rey en la torre principal: el segundo y el tercer piso de aquel monumento, dividido cada uno en cuatro piezas por tabiques de madera, fueron destinados á la familia real y á las personas encargadas del servicio ó de la vigilancia. El cuarto del rey tenia una cama con cortinas, un sillón, cuatro sillas, una mesa y un espejo encima de la chimenea. El techo era de tela, la ventana guarnecida con una alambreira, y oscurecida por trozos de encina colocados en figura de embudo, que impedían mirar á los jardines y á la ciudad y que solo dejaban ver el cielo. El papel pintado del cuarto del rey, como

para martirizar dos veces al prisionero, representaba el interior de una cárcel, con carceleros, cadenas, grillos y todo el horrible aspecto de los calabozos. La odiosa imaginación del arquitecto Palloy había añadido con pérfida malicia los tormentos de la vista á los de la realidad.

La habitación de la reina colocada sobre la del rey, estaba dispuesta con igual escasez de luz, de aire y de espacio: María Antonieta dormía en el mismo cuarto que su hija; María Isabel en uno muy oscuro; al lado el carcelero Tison y su muger en un retrete contiguo, y los municipales en la primera pieza, que servía de antecámara. Las princesas se veían obligadas á atravesar esta pieza para pasar las unas al cuarto de las otras, en medio de las miradas y los cuchicheos de sus guardianes. Dos postigos, rodeados de centinelas y de llaveros, se encontraban entre el cuarto de la reina y el del rey, subiendo la escalera. El cuarto piso estaba inhabitado, y la plataforma que había encima del cuarto del rey estaba dispuesta para servir de desfogó; pero de miedo de que se les viese desde las casas de París, ó que su vista se alegrase con el horizonte de la ciudad, se habían construido altos tabiques de tablas para escatimar hasta el cielo á las miradas de los prisioneros.

XXI.

Tal era definitivamente el alojamiento de la familia real. Tuvo esta, sin embargo, una satisfacción en verse instalada en él por estar reunidos todos sus miembros dentro de los mismos muros; mas esta corta alegría se combió en lágrimas aquella misma noche por un decreto de la municipalidad, que mandaba quitar al delfín á su madre, y alojarle en el cuarto del rey. En vano el cora-

zon de la reina prorumpió en súplicas y llanto: la municipalidad no quiso «que la madre alimentase mas tiempo al niño con el odio á la revolucion.» Entregaron el niño á su padre, mientras llegaba el día de entregarlo á Simon. A pesar de todo, la reina y las princesas conservaron la libertad de ver al delfín todos los días en el cuarto del rey á las horas de comer, y á las de paseo en presencia de los comisarios. Pareció dulcificarse su vida, y reposar su dolor, como para poder respirar en aquel alojamiento. Los cautivos tomaron allí sus costumbres regulares, que recordaban el claustro de los reyes prisioneros de la primera raza.

Solo sobrevivía al rey en Luis XVI, el padre de familia. Las princesas olvidaban que habían sido reina, hermana ó hija de reyes, para recordar solamente que eran muger, hermana ó hija de un marido, de un hermano, ó de un padre cautivo. Sus corazones se limitaban enteramente á los deberes, á las tristezas, y á las alegrías de familia: esta dinastía no era mas que el interior de unos prisioneros.

Se levantaba el rey al rayar el día, y rezaba un largo rato de rodillas al pie de su cama. Despues se acercaba á la ventana ó á la llama de su chimenea en el invierno, y leía con recogimiento los salmos en el *Breviario*, coleccion de súplicas y de cánticos indicados para cada día del año á los fieles por la liturgia católica. De este modo suplía á la costumbre que tenían las reyes de asistir todas las mañanas al sacrificio del altar en su palacio. La municipalidad le había negado la presencia de un sacerdote y las ceremonias de su fé. Piadoso, pero sin superstición y sin debilidad, Luis XVI se dirigía á Dios sin ser intermediario de otro hombre, y se complacía tan solo en servirse para sus rezos de las palabras y de las formas consagradas por la religion de su familia y de su trono: la reina y su hermana hacían lo mismo. Se las sorprendía muchas veces con las manos juntas,

sus libros de devocion mojados de lágrimas, rezando cerca de su cama: familia como precipitada de su altura, de rodillas por el golpe de su desesperacion, y la otra como prosternada naturalmente al pie de su Dios, cuya mano reconocia y besaba en todas partes. Despues de su rezo, el rey leia en la torrecilla, tan pronto obras latinas, tan pronto á Montesquieu, tan pronto á Buffon, tan pronto historia, tan pronto relaciones de viages alrededor del mundo. Aquellas páginas parecian ocupar completamente su imaginacion, ya porque fuese para él un medio de evitar la importunidad de los comisarios siempre presentes, ya porque buscase efectivamente en la naturaleza, en la política, en las costumbres de los pueblos y en su historia, distraccion á sus penas, instruccion para su rango ó analogías con su situacion. A las nueve bajaba la familia para desayunarse con él. El rey besaba en la frente á su esposa, á su hermana, y á sus hijos; despues de almorzar, como las princesas no tenian damas de tocador, hacian que Clery las peinase en el cuarto del rey. Esté, mientras tanto daba á su hijo primeras lecciones de gramática, de historia, de geografía, de latinidad, evitando con cuidado en estas, todo lo que podia recordar al niño habia nacido en un rango superior al de los ciudadanos, y proporcionándole solo los conocimientos aplicables al destino del último de sus súbditos. Hubiérase podido decir que el padre se apresuraba á aprovecharse de la adversidad y del alejamiento de las cortes, para educar á su hijo, no como príncipe, sino como hombre, y para formarle un alma que se adaptase á todas las fortunas.

XXII.

El niño, precoz como los frutos de un árbol dañado, parecia esceder por su inteligencia y su espíritu á la en-

señanza del pensamiento y á la delicadeza de la sensibilidad. Su memoria lo retenia todo, y su sensibilidad le hacia comprenderlo todo. Las conmociones que tantos acontecimientos siniestros habian impreso en su imaginacion y en su corazon, aquellas lágrimas que continuamente sorprendia en los ojos de su madre y de su hermana de mas edad que él, aquellas escenas trágicas de que habia sido testigo estando en brazos de su aya, aquellas fugas de Versalles y de las Tullerías, aquella esposicion de tres dias en medio de las armas, de las amenazas y de los cadáveres en la tribuna de la Asamblea legislativa, aquella prision, aquellos carceleros, aquellas degradaciones de su padre, aquella reclusion de todos los instantes con los seres cuyas penas veia, sin comprenderlas todas, aquella obligacion de vigilar sus gestos y hasta sus lágrimas delante de los enemigos que los espíaban, le habia iniciado como por instinto en la situacion de sus padres y en la suya; hasta sus juegos eran graves, sus sonrisas tristes se aprovechaba de los momentos de inatencion de los carceleros para decir en voz baja algunas palabras á su madre y á su tia: era el cómplice diestro de aquellas piadosas astucias, que las victimas inventan para ocultarse á la vista y á las denuncias de los que las vigilan. Temia agravar sus penas, y gozaba al ver la menor alegría sobre su frente. Evitaba con un tacto superior á sus años, recordarles en la conversacion las dolorosas circunstancias de su vida, ó los felices tiempos de su esplendor, como si hubiese adivinado que la memoria de los dias felices sirve de amargura en las desgracias.

Cierto día que creyó reconocer á uno de los comisarios de la municipalidad en el cuarto de su padre, el comisario se le acercó y le preguntó, si recordaba haberle visto y en que circunstancias. El niño hizo un signo afirmativo con la cabeza; pero rehusó obstinadamente responder. Habiéndole llevado su hermana á un rincón apar-

tado del cuarto, le pregunto por qué se negaba á decir cuando habia visto á aquel comisario, y el delfin la contestó al oido: «En el viage de Varennes; no he querido decirlo alto de miedo de recordárselo á la reina, y de hacer llorar á nuestros padres.»

Cuando veia en la antesala de su padre un comisario mas respetuoso con los prisioneros y menos odioso á la reina que sus colegas, se apresuraba á salir al encuentro de su madre cuando bajaba al cuarto del rey para anunciarla palmoteando, que iban á tener un buen dia. La vista de aquel niño enternecia casi todos los odios: la soberanía bajo la figura de un niño inocente y prisionero, no tenia mas enemigos que los brutos: los comisarios mas prevenidos, los artilleros de la guardia, los carceleros, y hasta el mismo feroz Rocher, jugaban con el delfin: solo Simon le hablaba toscamente, y le miraba con ojo desconfiado y siniestro, como á un tirano oculto en un niño. Las facciones de aquel jóven principe, recordaban confundíendolas, la gracia un poco afeminada de Luis XV, su abuelo, y la altivez austriaca de María Teresa. Los ojos de un azul de mar, la nariz aguileña con las ventananas un poco levantadas, la boca rasgada, los labios algo encorvados, la frente ancha en la parte superior y estrecha en las sienas; los cabellos rubios separados en dos ondas en lo mas elevado de la cabeza y cayendo en rizados bucles sobre los hombros y hasta sobre los brazos, retrataban á su madre antes de los años de lágrimas. Parecia que toda la belleza de su doble estirpe florecia de nuevo en aquel último vástago.

XXIII.

Todos los dias á las doce iban á buscar á la familia real para que respirase el aire del jardin. Los prisione-

ros bajaban á él á pesar del frio del sol ó de la lluvia, y verificaban aquel paseo en medio de las miradas y de los ultrajes, como uno de los mas rigurosos deberes de su cautividad. El ejercicio violento en los patios, los juegos del niño con su hermana en el interior del aposento, la vida regular y sóbria, los estudios suaves y familiares entre las rodillas de su padre, y los tiernos cuidados de aquellas tres mugeres le conservaban el ardor de vida y la fresca tez de la infancia. El aire de la cárcel le acariciaba hasta entonces tanto como el aire de los bosques de Saint-Cloud; las miradas del rey y de la reina se encontraban y se consolaban sobre aquella cabeza en donde el rigor de los hombres no impedia que la naturaleza se aumentase y embelleciese diariamente.

Rayaba ya la princesa en la edad en que la niña conoce que se hace muger y recoge en si misma su movimiento. Pensativa como su padre, altiva como su madre, piadosa como su tia, se reflejaban en su alma aquellas tres almas en medio de las que habia crecido. Su belleza esbelta y pálida como las apariciones fantásticas de la Alemania, tenia mas de ideal que de material. Unida siempre al brazo y como escondida bajo el pecho de su madre ó de su tia, parecia intimidada de la vida; sus cabellos rubios, sueltos aun sobre los hombros como los de un niño, casi la rodeaban toda; hechaba desde el fondo de aquel velo, tímidas miradas ó bajaba los ojos, imprimiendo una muda admiracion á los mas endurecidos. Los centinelas y los llaveros se apartaban para dejarla el paso, y sentian una especie de conmocion religiosa, cuando su vestido ó sus cabellos raspaban su ropa en las escaleras ó los pasadizos. Su tia completaba su educacion enseñándola la piedad, la paciencia y el perdón; pero el sentimiento de su rango innato en su alma, las humillaciones de su padre y los supplicios de su madre se grababan profundamente en cicatrices que sin cesar sangraban en su corazon, donde se

recogian, sino como resentimientos á lo menos como una eterna tristeza.

XXIV.

A las dos se retiraba la familia real para comer; pero las íntimas alegrías y los encantos familiares de que estas comidas son la señal en la casa del pobre, les eran rehusadas: ni aun el rey podía libremente entregarse á satisfacer el apetito que le daba su robusta naturaleza: muchos ojos contaban los bocados que llevaba á la boca y muchos gestos se los echaban en cara: la fuerza y la salud del hombre, eran una vergüenza mas para el rey. La reina y las princesas comian poco y despacio para dejar al rey el pretexto de satisfacer su apetito y prolongar la comida.

Despues se reunia la familia y el rey jugaba con la reina á aquellos juegos de naipes, inventados para divertir la ociosidad de un rey prisionero; pero con mas frecuencia al pensativo juego del ajedrez, juego en que las piezas principales por sus nombres de *rey ó de reina* y las maniobras sobre el tablero, que tienen por objeto hacer al rey prisionero, estaban llenas de alusiones significativas, y con frecuencia siniestras, á su propia prision. Buscaban menos en estos juegos una maquinal distraccion á sus penas que una ocasion de hablar con palabras encubiertas sin despertar el inquieto espionaje de sus guardianes. A las cuatro el rey dormia un poco en un sillón, mientras que los niños, haciéndoles un gesto la madre, cesaban en sus bulliciosos juegos, y las princesas volvian á coger su obra de costura, reinando el mas profundo silencio en el cuarto durante el sueño del monarca. Solo se oia el pequeño crujido de la seda al frotarse las cortinas que hacian la reina y su hermana, la respiracion del rey y el paso regular de los centine-

las á la puerta de la habitacion, y al pie de la torre. Podia decirse, que los perseguidores y la cárcel enmudecian, por no quitar al rey prisionero la única hora que volvia la libertad á sus pensamientos, y la ilusion de los sueños á su alma. A las seis volvia el rey á tomar las lecciones á su hijo, y se divertia con él hasta la hora de cenar; despues la reina le desnudaba ella misma, le hacia rezar sus oraciones y le llevaba á la cama.

Luego que estaba acostado, se inclinaba como para besarle, y le decia al oido una corta oracion, que el niño repetia muy bajo para que los comisarios no pudiesen oirla.

Esta oracion, compuesta por la reina, la retuvo en su memoria y la reveló su hija: «Dios omnipotente que me habeis creado y rescatado, ¡yo os amo! Conservad los dias de mi padre y de mi familia! Protegednos contra nuestros enemigos! ¡Dad á mi madre, á mi tía y á mi hermana las fuerzas que necesitan para soportar sus trabajos!».

XXV.

Esta sencilla súplica de los labios de un niño, pidiendo la vida para su padre y la paciencia para su madre, era un crimen del que necesitaban ocultarse. Despues que se dormia el niño, la reina leia en alta voz para instruir á su hija y entretener al rey y las princesas: por lo regular era algun libro de historia, que dirigia el pensamiento á las grandes catástrofes de los pueblos y de los reyes. Cuando se presentaban en la lectura con demasiada frecuencia alusiones á su propia situacion, la voz de la reina se cubria, ó se sumergia en lágrimas interiores, y los prisioneros se lanzaban una mirada, como si el libro, de inteligencia con ellos, les

hubiese revelado el temor ó la esperanza oculta en el corazón de todos. El rey al fin del día subía un rato al cuarto de su esposa, la cogía la mano, y mirándola tiernamente se despedía de ella: besaba despues á su hermana y á su hija, y volvía á bajar á encerrarse en la torrecilla al lado de su cuarto, donde leía, meditaba ú oraba hasta media noche.

El cielo únicamente poseía el secreto de aquellas horas nocturnas consagradas por el príncipe al recogimiento en la soledad de su propio corazón. ¿Reflexionaria quizá sobre los actos de su reinado, sobre las faltas de su política, sobre sus alternativas de confianza excesiva en su pueblo, ó de desconfianza poco diestra contra la revolución? ¿Trataría quizá de hacer conjeturas sobre la suerte de la Francia, y sobre el porvenir de su familia despues de la crisis del momento, á la que no se hacía la ilusión de poder sobrevivir? ¿Se arrepentiría quizá de las luchas desiguales en pro y en contra de la libertad, y se reconveniría de no haber elegido heroicamente desde el primer día, entre el antiguo y el nuevo régimen, y de no haberse declarado gefe del nuevo pueblo? Porque este príncipe en el fondo había pecado mas bien por falta de comprensión que porque no amase la revolución. ¿Se reservaría quizá aquellas horas secretas para derramar libremente, delante de aquellos desiertos muros, lágrimas por su muger, por su hermana, por sus hijos y por el mismo; aquellas lágrimas que ocultaba por el día á su sensibilidad y á la alegría de los que le vigilaban? Cuando salía de aquel gabinete para acostarse, su rostro estaba sereno, y aun algunas veces se veía en él la sonrisa; pero su inclinada frente, sus miradas melancólicas, y la marca de sus dedos impresa sobre sus mejillas, anunciaba á su ayuda de cámara, que había apoyado mucho tiempo la cabeza en sus manos, y que graves pensamientos habían ocupado su imaginación.

Esperaba siempre el rey antes de dormirse á que llegase el municipal del día siguiente que se relevaba á media noche, para saber el nombre de su nuevo vigilante, y para conocer por él, qué dulzura ó qué torpeza podía presagiar tendría al otro día su familia. Se dormía despues con tranquilidad, porque el peso de los días de infortunio no cansa menos al hombre que la fatiga de los días felices. Desde que este príncipe estaba cautivo, los defectos de su juventud habían ido desapareciendo poco á poco. La bondad un poco tosea de su carácter, se había cambiado en sensibilidad y en gracia para aquellos que le rodeaban. Parecía querer rescatar á fuerza de paciencia para sí mismo, y de tierno interés por los otros, la injusticia de que sufriesen por su causa: y ya no se conocía su displicencia de rey: todos sus defectos de carácter habían desaparecido ante su magnánima paciencia. La trágica solemnidad de su abatimiento, daba á su persona la dignidad que el trono le había rehusado; la caída le había hecho mas tierno, la cárcel le había ennoblecido y la aproximación á la muerte le consagraba. Reunía en aquel pequeño espacio, en aquel círculo de familia, y en los pocos días que le quedaban, todo lo que la naturaleza, el amor y la religion habían inspirado á su alma de ternura, de valor y de virtudes. Sus hijos le adoraban, y su hermana le admiraba; y la reina, aun mas, la dulzura y la fuerza que descubría en su corazón; pero sentía que tantas virtudes brillasen tan tarde y solo en la obscuridad de una prisión. Se reconvenía á sí misma amargamente y se lo decía á su hermana, por haberse dejado lisonjear demasiado en los días de prosperidad, y por no haber conocido bastante entonces lo que valía el amor del rey. Al acercársele, sus mismos carceleros no reconocían en

él al hombre sensual y vulgar que la preocupación pública les había pintado. Al ver un padre tan bueno, un esposo tan tierno, un hermano tan complaciente, principiaban á no creer que semejante hombre hubiese podido contener un tirano. Hasta parecía que algunos le amaban al mismo tiempo que le perseguían, y martirizarle con respeto. Su honradad amansaba los hombres mas groseros, instrumentos pasivos de su cautividad.

Se hallaba cierto dia de centinela un habitante de los barrios, vestido de paisano en la antesala del rey, y el ayuda de cámara Clery notó que aquel hombre le contemplaba con respeto y compasion. Clery se adelanta hacia él, el centinela se inclina, presenta las armas y tartamudea con temblorosa voz y como con sentimiento. «No podeis salir.—¿Creeis que yo soy el rey? respondió Clery.—Pues qué, replicó el hombre del pueblo, ¿no sois el rey?—No sin duda, ¿nunca le habeis visto?—¡Ah! no, y yo quisiera verle en otra parte y no aquí.—Hablad bajo, voy á entrar en su cuarto, dejaré la puerta entreabierta y podreis verle: está sentado junto á la ventana con un libro en la mano» Clery advirtió á la reina de la benévola curiosidad del centinela, y la reina habló de ella al rey, que interrumpió su lectura y se paseó con bondad muchas veces de un cuarto al otro, afectando pasar cerca del centinela, y dirigiéndole un signo mudo de inteligencia. «¡Oh! dijo aquel hombre á Clery cuando el rey se retiró, ¡que bueno es el rey! ¡cómo ama á sus hijos! ¡No, yo no creeré nunca que nos hizo tanto mal!» Un jóven colocado de centinela á lo último de los castaños, manifestaba por la benevolencia pintada en su fisonomía y por sus lágrimas, el dolor que le inspiraba la cautividad de la familia de sus reyes. Madama Isabel se acercó á aquel jóven para dirigir algunas palabras furtivas á aquel amigo desconocido de su hermano, y él hizo señas á la princesa de que habia un papel debajo de los escombros que cubrian aquella parte de la calle. Clery se in-

clinó para recoger aquel papel, fingiendo buscar ladrillos llanos para que el delfin jugase al tejo: los artilleros notaron el semblante del centinela, acusándole sus húmedos ojos. Se le condujo á la Abadía y de allí al tribunal revolucionario, que le hizo pagar aquellas lágrimas con su sangre.

XXVII.

Como toda la familia cayó enferma, viéndose obligada á guardar cama sucesivamente, con motivo de la humedad de las paredes y de los primeros frios del invierno, la municipalidad autorizó, despues de muchas formalidades, á Mr. Lemonnier, primer médico del rey, para que entrase en la prision. Sus conocimientos restablecieron pronto á la reina, á madama Isabel y á los niños; pero la enfermedad del rey se prolongó mas, y hasta inspiró temores á sus guardianes. La reina y su hija no se separaban de la cabecera de su cama, teniendo que volverse ellas mismas á la suya. Clery velaba todas las noches en el cuarto de su amo, y cayó peligrosamente enfermo cuando cesó la calentura del rey, sin poderse levantar para prestarle sus servicios estando aun convaleciente, ni vestir al delfin. El rey, llenando por primera vez los deberes de una madre, levantaba, vestia y peinaba á su hijo. El niño pasaba todo el dia en el cuarto oscuro y helado de Clery, dándole de beber y prestándole todos los servicios que su edad y su debilidad permiten á un niño dispensar á un enfermo. El mismo rey, levantándose por la noche y espiondo el sueño del comisario que vigilaba en la antesala, iba descalzo y en camisa á llevar un vaso de tisana á su criado. ¡Pobre Clery, le decia, cuánto quisiera velar á mi vez al pie de vuestro lecho; pero veis como nos observan; tened ánimo y con-

servaos para vuestros amigos, porque ya no tenéis señores! El criado enternecido cubria de lágrimas las manos del rey.

XXVIII.

La municipalidad mandó que se estrechase aun mas el cautiverio en el mismo recinto de la torre, y en su consecuencia hicieron subir un cantero, que abrió agujeros en el alfeizar de la puerta de la antesala del rey para colocar cerrojos. A medio día bajó el hombre para comer, y el delphin se puso á jugar con el martillo y el cincel que el obrero habia dejado junto á la puerta: vino el rey y cogió de las manos del niño los instrumentos, y recordando su antigua habilidad para las obras de cerrajería y sus inclinaciones de artesano, enseñó á su hijo como se debian coger los útiles y abrió él mismo el agujero principiado. Cuando subió el obrero y vió al rey hacer su obra con la seriedad de un hombre del oficio, no pudo mirar sin conmoverse lo que podia un cambio de fortuna. «Cuando salgais de esta torre, dijo al rey con un instinto de compasion que daba la esperanza por certidumbre, podreis decir que vos mismo habeis trabajado vuestra prision.—¡Ay! amigo mio, respondió el rey entregándole el martillo y el cincel, ¿cuándo y cómo saldré?» Cogió á su hijo por la mano y volvió á entrar en su cuarto, donde se paseó un largo rato en silencio.

XXIX.

Insensible á las privaciones que solo recaian sobre él mismo, se presentaba con frecuencia á su mente y se escapaba algunas veces de su pecho, la comparacion del

pasado esplendor en que habia visto á su esposa y á su hermana con su desnudez actual. Los aniversarios de sus felices días, de su coronacion, de su matrimonio, del nacimiento de su hija y de su hijo, del día de su santo, eran para él días marcados por mayor tristeza, y con frecuencia tambien por los ultrajes. El día de San Luis, los federados y los artilleros de guardia vinieron con una alegría cruel á danzar en corro y cantar el «esto marchará (za irá)» debajo de sus ventanas. El rey recordaba melancólicamente á la reina aquellos días de su union y de su felicidad, y le pedia perdonase á su suerte, que los habia cambiado para ella en días de luto. «¡Ah! madama, le decia una noche viéndola barrer el pavimento del cuarto de su hijo que estaba enfermo, ¡qué oficio para una reina de Francia! ¡Y si lo viesen en Viena! ¡Ah! ¡quién hubiese dicho que uniéndoos á mi suerte os haria descender tanto!—¡Y en nada tenéis, le dijo Maria Antonieta, la gloria de ser la mujer del mejor y del mas perseguido de los hombres? ¿tales desgracias no son las mas magestuosas de todas las grandezas?»

Otra vez vió á madama Isabel que remendaba el vestido de la reina, á quien habian quitado hasta sus tijeras, obligada á cortar con los dientes el hilo de la aguja. «¡Ay hermana! la dijo, ¡qué contraste! nada os faltaba en vuestra bonita casa de Montreuil,» aludía á una deliciosa residencia que se habia complacido en embellecer para su hermana con todo lo mas elegante de la vida rústica en tiempo de su prosperidad. Estos fueron sus únicos recuerdos de lo pasado; los evitaba como un choque del alma que podia arrancar una involuntaria exclamacion á su firmeza.

XXX.

Comenzaba la uniformidad de aquella vida á cambiaria en costumbre y en tranquilidad de espíritu. La

presencia diaria de seres amados, la ternura mútua mas conocida desde que la etiqueta de las córtes no se interponía entre los sentimientos de la naturaleza; la regularidad de los mismos actos á las mismas horas, el paso de una habitacion á otra, las lecciones de los niños, sus juegos, las salidas al jardín que consolaban con frecuencia miradas comprendidas, comer juntos, las conversaciones, las lecturas, aquel silencio profundo en los muros en torno de los prisioneros, mientras que tanto ruido se hacía lejos de ellos en torno de sus nombres, algunas caras de comisarios enternecidos, algunas inteligencias furtivas con el exterior, algunos complots oscuros de evasión engrosados por la esperanza, y aquella vista continua de calabozos, acostumbraban insensiblemente á los detenidos á su adversidad, y hasta les hacian descubrir el lado consolador de la desgracia, cuando un aumento de rigor en su prision y de aspereza en sus carcereros vino á agitar de nuevo su vida interior y hacerla congeturar siniestros acontecimientos.

Llegó á ser odiosa y ofensiva aquella vigilancia para el pudor de las princesas. Se partía el pan de los prisioneros para descubrir billetes ocultos; se abrian las frutas; se rompian hasta los huesos de los melocotones, de miedo que una diestra astucia no hubiese introducido en ellos correspondencias. Despues de todas las comidas, se retiraban los cuchillos y los tenedores necesarios para trinchar los alimentos, se media lo largo de las agujas de las princesas bajo pretexto de que podian trasformarse en armas de suicidio. Se trató de acompañar á la reina al cuarto de madama Isabel, donde iba siempre al medio día á quitarse su bata de mañana, y sitiada siempre por aquella injuriosa mirada, renunció á cambiar el vestido. Se desplegaba pieza por pieza, y se registró al rey, quitándole hasta los pequeños utensilios de tocador de oro con que rizaba su pelo y cuidaba sus dientes, viéndose obligado á dejarse crecer la barba, que siendo fuerte y

retorcida hácia dentro irritó dolorosamente su piel y le obligaba á lavarse muchas veces al dia en agua fresca. Tison y su muger espiaban y contaban siempre á los comisarios los menores cuchicheos, los gestos y las miradas. Se dejaba entrar en el patio del Temple á los gritadores que pedian á grandes voces la cabeza de la reina y del rey. Rocher cantaba la Carmañola al oído del rey, y enseñaba al delfin coplas irritantes contra su madre y contra él mismo; el niño las repetia inoportunamente y hacia ruborizar á su tía; aquel hombre, hablandado un momento habia vuelto á recobrar su naturaleza y bebia con el vino una nueva insolencia; la embriaguez que le hacia dormirse todas las noches, principiaba todas las mañanas de nuevo. Obligadas las princesas á atravesar su cuarto para pasar al del rey ó á la salida de él, hallaban aquel hombre siempre acostado á la hora de cenar y con frecuencia tambien á la de comer. Vomitaba imprecaciones contra ellas y las obligaba á esperar con los ojos bajos á que se vistiese. Los obreros que trabajaban en el exterior de la torre no cesaban tampoco de amenazar al rey; agitaban las herramientas encima de su cabeza, y uno de ellos levantó su hacha sobre el cuello de la reina, y la hubiera dejado caer si no hubiesen desviado el arma.

Un municipal despertó una noche al delfin, tirándole con fuerza del brazo para asegurarse, decia, de la presencia del niño. La reina se precipitó entre aquel hombre y su hijo perdiendo la paciencia, y dirigió al comisario una aterrada mirada; por primera vez la reina humillada desapareció y se mostró la madre.

Una diputacion de la Convencion fué á visitar el Temple. Chabot, Dubois-Crance, Drouet y Duprat hacian parte de ella. Al ver á Drouet, el maestro de positos de Sainte Menehould, que reconociendo y haciendo arrestar al rey en Varemnes, habia sido la causa primera de todas sus desgracias, la reina, madama Isabel y

los niños se pusieron pálidos, y creyeron ver aquel genio malo que había aparecido á Bruto. la vispera de Farsalia. Chabot y Drouet se sentaron sin ningun respeto delante de las princesas, que estaban en pie; hicieron preguntas á la reina que no se dignó responder; luego preguntaron al rey si tenia que hacer alguna reclamacion. «Yo no me quejo de nada, respondió el rey; pido solo que hagan traer á mi muger y á mis hijos la ropa blanca y los vestidos, de que ya veis tienen necesidad.» Los vestidos de las princesas se caian á pedazos, viéndose obligada la reina para que el rey no fuese vestido de andrajos á echar piezas á su frac mientras dormia. Todos estos rigores y toda esta desnudez habia sido consecuencia de las órdenes cada dia mas severas de la municipalidad. Tison y su muger denunciaron la familia real á la Convencion, afirmando que los prisioneros mantenian una correspondencia con el exterior: que tenian cachicheos sospechosos con algunos comisarios; que madama Isabel, cenando una noche dejó caer un lapiz que tenia en su pañuelo, y que se habian hallado en el aposento de la reina obleas y una pluma. Con esto volvieron á empezar los registros, deshaciendo hasta las almohadas y los colchones, y sacaron al delfin que dormia de su cama para registrarla. La reina cogió al niño durante aquel tiempo en sus brazos y le calentó, pues estaba desnudo y liritando de frio.

XXXI.

Sin embargo de todo, cuando mas aumentaban el odio y la persecucion en torno de los cautivos, la emocion de su caída, y lo triste de su situacion inspiraban mas interés á algunas almas, y temeridad á algunos

adictos. La vista continua de los padecimientos, la dignidad, y quizá tambien la encantadora belleza de la reina, habian hecho traidores en la misma municipalidad. Si los grandes crímenes tientan á veces almas ardientes, los grandes sacrificios tientan tambien á corazones generosos, porque la compasion tiene su fanatismo. Arrancar de su prision, á sus perseguidores y al cadalso la familia de los reyes, y volverla por medio de una astucia heroica á la libertad, á la dicha y quizás al trono; era una tentativa que debia seducir por la magnitud misma de las dificultades y de los peligros, y encontrar imaginaciones capaces de soñarla y de atreverse á ponerla en planta. Halláronse en efecto.

Habia en aquel tiempo, entre los miembros de la municipalidad, un jóven llamado Toulan, natural de Tolosa, y de humilde condicion. Apasionado por los estudios literarios que ennoblecen el corazon, vino á establecerse á Paris, donde el comercio de libros de que se ocupaba, satisfacía á la vez sus gustos y sus necesidades. Sus volúmenes, hojeados sin cesar á causa de su tráfico, habian comunicado á su imaginacion la pasion de la libertad, y aquellas emanaciones novelescas que salen de los libros y embriagan el entendimiento. Habia tomado parte en la revolucion como en un sueño en accion: su ardor y su elocuencia le popularizaron en su seccion; uno de los primeros en el asalto de las Tullerías, el 10 de agosto, habia sido tambien uno de los primeros en el consejo de la municipalidad. Habiéndole notado sus colegas por su odio fogoso contra la tirania, fué por lo mismo escogido para comisario en el Temple, en donde entró con el horror del tirano y de su familia, y de donde salió desde el primer dia, con una adoracion apasionada por las victimas. La vista de Maria Antonieta sobre todo, aquella magestad aumentada por su degradacion, aquella fisonomia en que la languidez de una cautiva templaba la altivez de una reina, aquella tristeza esparcida de re-

rente como un velo sobre facciones en que brillaban aun tantas gracias, aquel último resplandor de la juventud que iba á extinguirse con la humedad de los calabozos, aquella cabeza de que tan cerea habia estado suspensa el hacha, y que le parecia ya ver cogida por los cabellos para ser presentada al pueblo por el verdugo: todo esto habia conmovido profundamente la sensibilidad de Toulan. Era una de aquellas almas que las emociones arrojan del primer golpe al extremo opuesto de su pensamiento, y que no discuten contra lo que siente su corazón. Todo lo que era bello le parecia posible; buscó é intrigó con falsas demostraciones de furor contra el rey, misiones mas frecuentes y mas árduas en la torre del Temple, y se les habian prodigado. Procuró en todas las ocasiones que la reina notase los signos mudos que la dirigia, que sin dar sospecha á sus colegas, la hiciesen conocer que tenia un amigo entre sus perseguidores; por fin lo consiguió.

Toulan, muy joven, de pequeña estatura y delgado, tenia una de esas fisonomías delicadas y expresivas del Mediodía, en que el pensamiento habla en los ojos y en que la sensibilidad palpita en la movilidad de los músculos del rostro; su mirada era un lenguaje, y desde hacia ya tiempo la reina le habia ya comprendido. La presencia de otro comisario, unido siempre á los pasos de Toulan, le impedia esplicarse mas. Consiguió seducir uno de sus colegas del consejo de la municipalidad, llamado Lepitre, y arrastrarle, por lo grande del proyecto y por el brillo de la recompensa, en un complot de evasión de la familia real.

Vió la reina los dos comisarios de servicio juntos en la prision penerse de rodillas ante ella, y ofrecerla en la oscuridad de su calabozo, un sacrificio que el lugar, el peligro y la presencia de la muerte hacian superior á todos los prodigados á su prosperidad. La reina lo aceptó y les animó, dió con su propia mano á Toulan un rizo de

sus cabellos, con esta divisa en lengua italiana: «El que teme morir no sabe amar.» Era la carta de crédito dada por ella á Toulan, para con sus amigos de fuera; poco despues añadió á ella un billete de su mano para el caballero de Jarjais, su corresponsal secreto y gefe invisible de su complot. «Podeis tener confianza, le decia, en el hombre que os hablará de mi parte; conozco sus sentimientos, que desde hace cinco meses no han variado.»

Cierto número de realistas seguros, ocultos en París y diseminados en los batallones de la guardia nacional, fué vagamente iniciado en aquel plan de evasión, que consistia en corromper á fuerza de dinero algunos comisarios de la municipalidad, encargados de la vigilancia de la prision; hacer una lista de los realistas mas decididos entre los batallones de la guardia nacional de cada seccion; tomar medidas para que estos hombres, indicados como por la casualidad, se hallasen en un día señalado en el destacamento que diese la guardia en la torre del Temple; hacer desarmar por estos conspiradores disfrazados el resto del destacamento durante la noche, libertar la familia real y conducirla, teniendo relevos preparados, hasta Dieppe, donde una barea pescadora la esperaria y la llevaria á Inglaterra con sus principales libertadores.

Intrépido é infatigable por su celo Toulan, provisto de sumas considerables, que una firma del rey habia puesto á su disposicion en París, maduraba su plan con el mayor misterio, haciendo saber á la reina las tramas de sus partidarios: decia afuera las intenciones del rey; sondeaba con reserva á los principales gefes del partido en la Convencion y en la municipalidad; trataba de adivinar por todas partes secretas complicidades hasta en Marat, Robespierre y Danton; tanteaba la generosidad de los unos, la avaricia de los otros, y mas feliz cada dia en sus empresas y mas seguro del buen éxito, contaba

ya muchos guardas de la torre y cinco miembros de la municipalidad, entre los cómplices de sus peligrosos designios. Por esta parte penetraba un rayo de luz en las sombras de la prision, y conservaba en el alma de los cautivos, sino la esperanza, á lo menos el sueño de la libertad.

LIBRO TREINTA Y TRES.

Los jacobinos obligan á los girondinos á pronunciarse en el proceso del rey.—Saint-Just.—Su retrato.—Pide la muerte del rey.—La Montaña.—Su idea.—Tomás Payne.—Carestía en Paris.—El clero asalariado.—El armario de hierro.—Denuncias.—El populacho al rededor del Temple.—Madama Roland en la barra.—Robespierre pide que el rey sea juzgado sin apelacion.—Vergniaud lucha por la vida del rey.

I.

Se apresuraban mientras tanto los jacobinos para arrancar á los girondinos, á la faz del pueblo, su secreto sobre la vida ó la muerte del rey. Impacientes por armarse contra ellos de la sospecha del realismo, necesitaban la discusion inmediata sobre este gran testo, para colocar á sus enemigos entre los débiles ó entre los traidores. Conocian la repugnancia que Vergniaud tenia á aquella inmolacion á sangre fria, á la venganza mas que á la salvacion de la república. Sospechaban las intenciones de Brissot, de Sieyes, de Petion, de Condorcet, de Guadet y de Gensonné; ansiaban ver con claridad aquellas repugnancias y aquellos escrúpulos, para que